
Las derechas de Argentina y Uruguay en tiempos de nazi fascismos: radicalización, redefiniciones e influencias

The right-wing in Argentina and Uruguay during times of nazi-fascism: radicalization, redefinitions and influences.

DOI: <http://dx.doi.org/10.15448/2178-3748.2016.1.22813>

Olga Inés Echeverría
Doutora - UNICEN
olgaecheverria23@gmail.com

RESUMO: Las derechas de la Argentina y el Uruguay de la primera mitad del siglo XX tienen rasgos y estrategias en común tanto como divergencias de proyectos, influencias y perspectivas. Por ello, el presente artículo busca indagar como repercutió (articulado con las realidades nacionales y los desenvolvimientos previos) el desarrollo de los regímenes nazi-fascistas europeos en las redefiniciones y radicalizaciones que ambas derechas del Río de La Plata experimentan en dicho período.

El carácter pretendidamente aristocrático de la derecha argentina, la fuerte presencia del ideario hispano-católico y el rechazo a las manifestaciones populares en la política son algunas de las diferencias más notorias con los referentes y las prácticas de la derecha uruguaya, marcada por la presencia de lo estatal y de los partidos policlasistas. Sin embargo, algunos aspectos derivados de la internacionalización de las disputas y las adhesiones vinculadas a los regímenes totalitarios mostraron desarrollos similares y la constitución de una derecha conservadora y “moderada” con capacidad de alianza y ejercicio del poder y una derecha, marginal y testimonial, de tendencia corporativista.

PALAVRAS-CHAVE: Derechas, Argentina, Uruguay

ABSTRACT: During the first half of XX century, the right-wings of Argentina and Uruguay shared features and common strategies, but also had divergent projects, influences and views. Thus, the present article inquires into the repercussion of development of european nazi-fascist regimes (articulated with their national realities and previous performances) on the redefinition and radicalization that those right-wings underwent at both shores of the Rio de la Plata over this period of time.

The longed aristocratic character of Argentina's right-wing, strong presence of hispanic-catholic ideas and rejection to popular demonstrations in the political field are some of the most noticeable differences with Uruguayan right-wing practices, which is distinguished by state presence and polyclass parties. Nevertheless, similar evolution is found regarding some aspects derived of internationalization of disputes, accession to totalitarian regimes and constitution of, on one hand, a conservative, "moderate" right-wing with partnership capability and exercise of power and, on the other hand, a marginal, testimonial right-wing with corporatist trends.

KEYWORDS: Right, Argentina, Uruguay

Contextos políticos: Ciudadanía, República y Nación:

Con un pasado común, a fines del siglo XIX y principios del XX, la Argentina y el Uruguay ingresaron al sistema capitalista como exportadores de materias primas y consumidores de manufacturas europeas y en el plano político enfrentaron la consolidación de Estados nacionales que debían superar las duras contiendas políticas de la etapa anterior. En

ese plano, aunque ambos países habían entrado en un proceso de modernización, fueron tomando rumbos relativamente disímiles que implicaban la conformación de sistemas políticos diferenciados en prácticas y valores. En Argentina, se optó por un programa que entendía que sin orden no había progreso económico y se concibió que en la matriz misma de la república residía su peligrosidad: la participación política de los ciudadanos. Por ello, lo que se implementó fue la “República posible”, la de una minoría de ciudadanos que se ocupaba de la cosa pública y una amplia mayoría, alejada de la política y sus pasiones, que debía dedicarse a enriquecerse y hacer prosperar a la nación (Herrero, 2011). De tal modo, se trataba de una república escasamente republicana, con un poder ejecutivo fuerte y centralizado y un régimen que dejaba poco margen de maniobra a los partidos de oposición (BOTANA, 1997). Así, el liberalismo realmente existente era mucho más conservador que lo que se admitía y se expresaba a través de la antinomia civilización o barbarie que fundaba un orden y establecía criterios de ciudadanía. Aun en esas condiciones, las élites comenzaron a buscar reaseguros del poder y a dar forma al llamado nacionalismo cultural o nativista, con el que pretendían fijar una supuesta identidad argentina auténtica que se expresó a través de una conjunción de clasismo, xenofobia, nacionalismo, teorías conspirativas y pretendida aristocracia. Este *corpus* ideológico iría asumiendo una perspectiva política anti igualitarista y antidemocrática, que conllevaba una reconstrucción idealizada y utilitaria del pasado que se oponía a un presente considerado confuso, desmoralizado e irrespetuoso de las jerarquías tradicionales. En ese contexto, se apeló a la educación pública (LIONETTI, 2005, 1225) para consolidar una configuración ideológica homogeneizadora que, con planes de estudio, legislación y valores, construyera una argentina disciplinada y frenara los incipientes reclamos de la clase trabajadora y la perturbadora movilidad social. Se buscaba consolidar un sistema político estable y restrictivo. Incluso la reforma electoral de 1912, propiciada por el “Régimen oligárquico”, tuvo un sentido preventivo y partía de la necesidad de extender derechos para ganar legitimidad sin perder poder. Sin embargo, no logró articular a todos los sectores de las élites y menos seducir a capas más amplias de la sociedad y la primera elección presidencial realizada bajo la nueva ley electoral, en 1916, otorgó el triunfo a la Unión Cívica Radical (UCR), movimiento político que había declarado su ofensiva al orden conservador. El triunfo de la UCR, con Hipólito Yrigoyen a la cabeza, simbolizaba la derrota del Régimen.

En el caso uruguayo, durante la primera década del siglo XX se superaron las batallas políticas internas y se configuró un orden nacional articulado por prácticas e imaginarios colectivos que remarcaban el perfil modernizador, aunque no linealmente, en la integración

del adentro, asociada en el plano simbólico con la experiencia histórica del llamado “primer batllismo” y con sus políticas públicas reformistas (CAETANO, 2010, 161-162). Se estableció un sistema de "arrastre social" que se fundaba sobre partidos de carácter "tradicional" (surgidos en torno a los caudillos en los años posteriores a la Independencia), menos preocupados por la coherencia ideológica que en alcanzar sostenes mayoritarios y policlasistas y se consolidarían como partidos modernos en la primera década del siglo XX, en un contexto de secularización, desarrollo de las libertades públicas y privadas y laicización, tanto como en programas de educación popular y una pregonada voluntad pluralista y dialógica (CAETANO, 2013). El bipartidismo pluriclasista fue la característica política en que la sociedad uruguaya estructuró sus identidades políticas y sociales. Asimismo, el temprano debilitamiento de la oligarquía como fuerza política ayudó a construir un sistema político-institucional mucho más estable que el de Argentina (NAHUN, 2011, ACHUGAR y CAETANO, 1992, REAL DE AZÚA, 1984). En Uruguay se establecieron mecanismos de integración del territorio y la población a través de la nacionalización de los inmigrantes, las comunicaciones, la escolarización y la incorporación política (universalización del voto, la frecuencia electoral y organización de partidos con acción movilizadora). Dicha integración construyó ciudadanía (RAMA, 1989) y un Estado basado en un modelo endo e hiperintegrador de base uniformizante resultó exitoso, como se evidencia en buena parte de los imaginarios uruguayos sobre la excepcionalidad nacional. Lo cierto es que se alcanza una estatización temprana, de matriz democrático-pluralista y partidocéntrica fundada en el valor de “lo público”, la exaltación del legalismo, entendido como contenido y forma del consenso ciudadano, apuesta por la convivencia, la seguridad y la integración social (CAETANO, 1989, P. 85-106). No obstante, el propio Caetano advierte que si bien fue exitosa la construcción de una nacionalidad inclusiva que evitaba grandes marginalizaciones socio-culturales o políticas, no puede desconocerse que dicha integración quedó excesivamente referida a la medianía y a ciertos estereotipos sociales y culturales, lo que a menudo terminó generando, en forma indirecta, la sanción a la diferencia y aun a la innovación (CAETANO, 2010, 163)

Los orígenes de las derechas rioplatenses en las primeras décadas del siglo XX:

Si bien el gobierno de Yrigoyen, iniciado en 1916, no trastocó profundamente la estructura social y los destinos de la Argentina (PERSELLO, 2007), la apertura de los espacios estatales e intelectuales a sectores medios, tanto como la ampliación de la voz

política, generó una fuerte rechazo por parte de los “*notables*” que manifestaron, sin ambages, su desprecio por los “*advenedizos*”. Rápidamente surgieron cuestionamientos a las formas de ocupación del Estado y acusaciones de corrupción, mediocridad, ineptitud e ineficacia. Las denuncias también se extendieron a la forma de atender el problema obrero y al quietismo de Yrigoyen ante el supuesto avance comunista. Así, con las huelgas de 1919, surgió la Liga Patriótica Argentina, grupo paramilitar integrado por los jóvenes hijos de las elites que, con apoyo policial, salieron a enfrentar a obreros y militantes con el fin de evitar que se produjera una revolución al estilo bolchevique¹ y se expandiera la cultura judaica. Uno de sus dirigentes, Manuel Carlés, sostenía que la providencia, había creado la Liga Patriótica Argentina (CATERINA, 1995, MCGEE DEUTSCH, 2003) para evitar la audacia desenfadada del extranjerismo sectario y para decir basta a la insolencia (OSPITAL, 1994). La Liga se organizaba en nombre de la “*fe y el honor*” para impedir la difusión pública de teorías subversivas y para evitar toda hostilidad con “*nuestra fe, tradición y dignidad de argentinos*”. (LA NACIÓN, 16 de enero de 1919). La Liga tuvo una larga vida y se encargó de fomentar postulados antidemocráticos, antiplebeyos, antifemeninos y antisemitas.

La segunda victoria electoral de Yrigoyen, en 1928, agitó aún más los ánimos y antes de que volviera a asumir la presidencia, la campaña para destituirlo ya estaba en marcha y convocaba a numerosos participantes. Algunos planteos previos cobraron fuerza, ganaron adeptos y fueron creciendo en radicalidad. Con fuerte impronta intelectual y articulación laxa se fue conformando una derecha plural, multiforme, unificada por un fuerte elitismo y el descontento profundo ante el desconocimiento de las jerarquías naturales. En ella convivieron perspectivas militaristas, conservadoras, modernizadoras, corporativistas, hispanocatólicas y nacionalistas que se unificaban ante el imperativo de destituir a Yrigoyen y poner fin al “*gobierno de los inferiores*” según la calificación del diario *La Nación*.

Para aquellos, como el poeta Leopoldo Lugones, que daban forma a la derecha militarista, no sólo era necesario constituir a las Fuerzas Armadas en un actor político sino también militarizar a la sociedad toda y sacarla de la infección de anarquía y feminismo en que estaba hundida (LUGONES, 1917, 171). Con sus alabanzas al hombre fuerte, viril y violento, Lugones llamaba a los militares para que se hicieran cargo de la hora del país (y de toda América) para implantar:

¹ Los acontecimientos, conocidos como la Semana Trágica, se desarrollaron entre el 9 y el 14 de enero de 1919 dejando un saldo cercano a los 700 obreros muertos. La Asociación del Trabajo, conformada en 1910, expresaría su preocupación reiteradamente e impulsaría la sanción de leyes antiobreras.

“la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado (...) pacifismo, colectivismo, democracia, son sinónimos de la misma vacante que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir un hombre que manda por su derecho de mejor (...) la vida misma es un estado de fuerza” (LUGONES, 1930 (1924), p. 194).

Lugones disponía de un amplio auditorium a quienes llamaba a imponer que ciudadano y soldado fueran sinónimos, como en las democracias griegas (LUGONES, 1930b, 69). Una audiencia a la que repetía una y otra vez que le causaba “repulsivo frío la clientela de la urna y el comité” (LUGONES, 1949 (1930), p. 368)

Por su parte, la derecha conservadora, probablemente el sector más numeroso y con mayores posibilidades de articular alianzas con otras fracciones derechistas y con las clases dominantes, tenía una perspectiva tradicionalista, antidemocrática y antiplebeya que buscaba volver el poder a manos seguras. Esta derecha abrió una brecha en la historia del conservadurismo, permitiendo hablar de nuevos conservadores, ya que buscaron otorgar legitimidad al Régimen y aplicar políticas sociales que propendieran a la paz y al orden, aunque, sostenían que la democracia implicaba riesgos y para que no fuese desvirtuada debía controlarse la “*afluencia desconcertada de sufragantes libres a las urnas*”. Ante el fracaso del partido conservador que debía ser representación de las fuerzas conservadoras, “*discordantes o sorprendidas*” (IBARGUREN, 1977 (1912), 332), no dudaron en impulsar el quiebre del orden democrático y propiciar un golpe de Estado, alarmados por la capacidad *destructiva* de la democracia. Estos “nuevos” conservadores, como Ibarguren, Villafañe, Gálvez y Ayarragaray, construyeron una imagen del interior como expresión del espíritu argentino y salvador de la Nación enfrentado al desborde y caos del cosmopolitismo extranjerizante de la metrópoli (KOZEL, 2008 y ECHEVERRÍA 2009). La nación, como “significante flotante”, era un instrumento aglutinador que apelaba emocionalmente a una unidad de orden superior que se ubicaba por encima de los individuos y los partidos y que por lo tanto era dispositivo de orden y disciplina. La nación de Ibarguren, por ejemplo, miraba al pasado, era la tierra armónica del patriciado, jerárquica y ordenada y se enfrentaba al concepto de nación de la derecha modernizadora y militarista de Lugones, que apuntaba al futuro y prometía llevar al país a su prometida grandeza. Sin embargo, para ambos la apelación nacionalista era una demanda de orden que desconocía la soberanía popular.

Otra expresión derechista surgida al calor de la conspiración contra Yrigoyen es la del grupo de jóvenes escritores que fundaron, en 1927, *La Nueva República*, tanto una

publicación política como una organización con pretensiones de poder. Encabezados por los hermanos Irazusta y Ernesto Palacio, buscaban integrarse al campo intelectual argentino y, al mismo tiempo, construir un nuevo orden nacional. Afincaban su identidad en su condición generacional, remarcando las potencialidades y energías de su juventud, como en su carácter estudioso. Ellos eran la juventud argentina, “*la única digna de ese nombre*”, que podía resolver los errores y ambigüedades de las generaciones pasadas (PALACIO, *La Nueva República*, 1927, p.2). Al menos en parte, sus manifestaciones políticas y culturales respondían a lo que percibían como una amenaza del “país real” que comenzaba a penetrar en el reducto del país legal y político. Desde esa experiencia asumieron una posición ambigua en relación a la generación organizadora del Estado, cuestionándole los excesos secularizadores y la excesiva tolerancia hacia las ideologías “*desintegradoras*”, pero reivindicando las instituciones y la Constitución. De tal modo, reclamaban volver media página de la historia atrás y construir una República “aristocrática”, camino que había sido desviado por la democracia yrigoyenista, un sistema de “*revancha y rencor*”, que no reconocía la superioridad de la posición y la cultura. Esta derecha de inspiración maurrasiana, aunque declaradamente republicana, sostenía que la democracia no estaba inscrita ni en la historia ni en la Constitución argentina, pero además proclamaban que

“la elección no puede dar una representación fiel sino se opera entre hombres de la misma condición social o profesional (...) la democracia destruye toda representación con el sufragio universal” (Irazusta, R, *La Nueva República*, 1928, 1).

Su discurso antidemocrático se enmarcaba en un discurso contra la modernidad, “la Reforma y el renacimiento, el libre examen y el humanismo, trajeron consigo un grave desequilibrio atacando la unidad y la cohesión del pensamiento europeo e introduciendo en consecuencia el predominio de los valores materiales” (PICO, *La Nueva República*, 1927,1). Pero, avanzaban también en una crítica a los partidos políticos, a los que consideraban una empresa de explotación del país a favor de intereses mezquinos y demagógicos (IRAZUSTA, J y R, *La Nueva República* 1927, p.1).

Si bien los principios del catolicismo permeaban a buena parte de las expresiones derechistas, con la excepción de Lugones², no se puede dejar de mencionar una voz explícitamente católica que expresaba la voz orgánica de la Jerarquía eclesiástica. Esta

² Aunque sobre el final de su vida se habría convertido al catolicismo y reconoció el poder disciplinante y ordenador de la religión.

identidad católica fue la más estructurada, ya que se asentaba en un eje articulador de carácter absoluto, y se constituyó para abandonar su posición defensiva ante las transformaciones de la modernidad y poder llevar adelante una ofensiva, con mucho de negociación, para poder constituir un “orden católico”, un orden que era tanto político como social. Este proceso fue impulsado por la Encíclica *Rerum Novarum*, de 1891, que sirvió de base a la acción social del catolicismo. Hacia la década del veinte -como el resto de los actores de esta tendencia derechista- comenzaron a plantearse más sistemáticamente la necesidad de articular su experiencia y emprendieron su proyección como actor político con pretensiones de hegemonía. Entendían al catolicismo como contenido ético del Estado y la sociedad, y buscaban afincarlo en las raíces de una supuesta identidad nacional herencia de la tradición hispánica.

La revista *Criterio*, fundada en 1928, se enmarcaba en un proyecto mayor del catolicismo organizado que también incluía a los Cursos de Cultura Católica, destinados a formar a la dirigencia “necesaria” para el país y a impulsar un proyecto de nación católica basado en la restitución de la disciplina cristiana en la vida individual y colectiva. Apoyada intelectual y financieramente por el Episcopado, *Criterio*, tenía el objetivo de difundir el pensamiento autoritario emergente y convocar a las clases propietarias tradicionales a que recuperasen el poder político perdido. Así, el llamado a la acción implicaba en sí mismo un cuestionamiento a la actitud pasiva y, en cierta forma, resignada de las clases dirigentes. Con el correr de la conspiración antidemocrática, se evidenció una creciente influencia clerical y una férrea defensa de intereses corporativos con tono de desquite. El discurso se tornó más agitador y la prosa más injuriosa, poniendo de manifiesto el interés militante del catolicismo radicalizado. Además de los reclamos destituyentes se observaba la voluntad del catolicismo para constituirse en el eje articulador y a la vez fundante de la reacción antidemocrática,

“todos comprenden la necesidad de remediar este estado de cosas, este permanente malestar político que es un inacabable temporal de concupiscencias desenfadadas. (...) Hay que abatir este régimen (...) Urge un concentrado y ejecutivo plan de acción práctica, impersonal y levantada, una doctrina firme que unifique esa acción trayéndole la savia viril de las mejores tradiciones de nuestra sociedad, un violento y enérgico sacrificio de las comodidades personales” (ASM, *Criterio* 1, 1928, p. 4)

La Iglesia se ofrecía, entonces, como la autoridad moral que podía dar contenido a la “revolución” y sacar al pueblo de sus pasiones o de la influencia de los ímpetus de sus

dirigentes (*CRITERIO* 107, 1930, p.364). Es además interesante señalar que la derecha católica es la que expresaba mayor preocupación por la expansión de los idearios de izquierda (*CRITERIO* 13, 1928, p.391), ya que advertían que su influencia estaba superando a las clases obreras y al tiempo que afirmaban que “*la obra seria y positiva ha de salir de la derecha*” (SAÉNZ, *Criterio* 108, 1930, p.405). A partir de su cosmovisión política expresaban que el orden había sido malogrado por la iniciativa de una “*pornografía triunfante*” y por el espíritu “materialista” que estaba ganando espacio hasta en “*las más altas esferas sociales*”. La concepción autoritaria del orden católico impulsaba un modelo que le permitiera recuperar al Estado un control fuerte y represivo en tanto que buscaba que la Iglesia asumiera definitivamente la vigilancia de la conciencia de los ciudadanos y, de ser necesario, la condena moral. Su definición política –en su sentido más amplio- planteaba a la catolicidad como un concepto cultural permanente, general y eterno que involucraba al conjunto de la humanidad (D’ORS, *Criterio* 97, 1930, p.47). La patria era en sí misma una forma específica y concreta de expresión católica, pues implicaba una vuelta a las raíces hispanas y, por lo tanto, católicas.

En el caso uruguayo y en razón de la centralidad de lo estatal y la lógica partidaria, los primeros pasos de las tendencias de derecha se dieron en esos ámbitos. Con el ascenso a la presidencia de Feliciano Viera, en 1915, se inaugura una etapa de república conservadora que, lejos de desalentar los reclamos de los sectores conservadores y dominantes, estimuló el crecimiento de las alas derechas de los partidos, llevando incluso a la fractura del partido Colorado y a la consolidación del liderazgo de Luis Alberto de Herrera en el partido Nacional reforzando las posturas más tradicionalistas, conservadoras y antiobreras (MIRALDI, 1986, p.19). No obstante, estos movimientos no sólo quedaron acotados al espacio político tradicional, ya que al mismo tiempo ganaron fuerza –y se multiplicaron- las organizaciones patronales (Asociación Rural del Uruguay, Cámara Nacional de Comercio, Unión Industrial Uruguaya y la Federación Rural, entre otras) que buscaban influir sobre el sistema partidario y el Estado mismo (CAETANO, 1992, p.23). Se multiplicaron las críticas a la democracia, al régimen electoral y a la proliferación de demandas sociales de las mayorías y, aunque en menor medida que en Argentina, se vivió un proceso de politización de los militares. Todas esas críticas se enmarcaban en un discurso derechista que asumía la forma de un antibatllismo y ofrecía sus propias figuras referenciales como Irureta Goyena, Manuel Quintela, Alejandro Gallinal y Domingo Bordaberry, entre otros, que conformaban la “internacional de la propiedad” (BARRÁN, 1986, p.114). Esas organizaciones y figuras, así articuladas superaban

los límites de las divisas políticas partidarias, de las diferencias filosóficas o religiosas, de la nacionalidad, o de la actividad económica e iniciaban una ofensiva claramente clasista con voluntad de transformar el sistema político, el orden social y la distribución de la riqueza

“Los representantes de la producción tienen que hacerse oír por el gobierno (...) Tienen que hacerse oír pero con la autoridad de los que mandan y no con el encogimiento de los que suplican” (FEDERACIÓN RURAL, 1916, p. 69-71)³

Claramente, la patronal quería influir directamente en las políticas y estructura estatal, diseñando programas y designando funcionarios. Una preocupación similar expresaba el catolicismo uruguayo, que a pesar de su influencia notoriamente reducida en comparación con sus pares argentinos, no dejaron de expresar su voz y tratar de influenciar en sectores de las elites. Así, en 1919, cuando en la Argentina se abatía la semana trágica, el periódico *El Bien Público* reproducía informaciones y perspectivas llegadas desde Buenos Aires, al tiempo que alertaba sobre los riesgos a los que estaba expuesta toda la región:

"El elemento que se llama malamente ruso y que en casi su totalidad no es de raza eslava sino hebrea, oriundo va de Rusia, ya de Polonia, ya de Austria o del norte de Prusia, como lo demuestran los apellidos de los detenidos y de los muertos, tenía sin duda sus comités secretos, que disponían de fuertes suma (EL BIEN PÚBLICO, 1919)⁴

Indudablemente, como señala Caetano, desde la primera presidencia de José Batlle y Ordoñez, la Iglesia Católica uruguayo buscó salir de la posición defensiva en que la colocaba el proceso secularizador para asumir una postura ofensiva, señalando que defendiendo al catolicismo se estaba defendiendo el verdadero patriotismo, frente al falso nacionalismo “jacobino” y se enfrentaba al cosmopolitismo disgregador y la confusión sentimental de las mayorías” (CAETANO, 2013, p.33).

Como mencionábamos unos párrafos atrás, la presencia de un pensamiento de derecha en los partidos tradicionales de Uruguay se evidenció tempranamente. Y, en ese sentido, es necesario considerar a la figura de Luis Alberto de Herrera, representante de una corriente política y de pensamiento de corte nacionalista y conservador. En el campo político se expresó en el Partido Nacional, en tanto que en el campo intelectual es figura referencial del

³ Citado en Miraldi, 1986.

⁴ Citado en Miraldi, 1986

temprano revisionismo uruguayo. El *herrerismo*, como se conocía a la tendencia liderada por de Herrera, apostó a institucionalizar el orden social existente, tomando como modelo las tradiciones y valores propios del país. Criticando el voluntarismo doctrinario y la política de exclusión que atribuía al Batllismo, propuso una gestión de coparticipación y un modelo integrador de las diversas tradiciones, que implicaba al mismo tiempo el mantenimiento de las jerarquías sociales vigentes. Para ello, tomó al pasado como punto de partida, como referencia ineludible en la construcción del orden, articulando un discurso fuertemente nacionalista con la percepción de los estrechos vínculos históricos y presentes que ligaban al Uruguay con el resto del continente, y en particular con los países que habían formado parte del virreinato del Río de la Plata (REALI, 2005, p.1675). Conservadurismo, elitismo, tradicionalismo son elementos presentes en de Herrera, pero tampoco estuvieron ausentes algunas consideraciones “racistas” que hacían referencia a la ineptitud y resignación del indio (al que también le atribuía coraje), y al negro, calificado como ser inferior:

“Como los individuos, las razas obedecen al determinismo de su origen. Sus cualidades y sus virtudes las trasmite el pasado: las corrientes de la sangre, al igual del agua de los ríos, ofrecen el sabor característico de los terrenos que ellas han atravesado. Cumpliendo esa ley, el producto sudamericano de las horas independientes pronto reveló, en la acción, el timbre de sus imperfecciones étnicas (DE HERRERA, 1988 (1910), p.12)

No obstante, tampoco encontraba mayores virtudes en el tipo ibérico que había llegado a América, pero fundamentalmente se dedicaba a denostar la influencia de la Revolución Francesa, que había impulsado a las jóvenes naciones americanas al yugo de las más vergonzosas demagogias y de más disolventes anarquías, al contagiarles sus pasiones implacables, sus perniciosos sofismas sobre la soberanía del pueblo y el sufragio universal y el furor igualitario y los cuestionamientos a la propiedad y el más extraviado concepto de democracia, que no tenía en cuenta las diferencias congénitas de la organización social y renegaba de los “*privilegios acumulados por la vieja civilización*” (DE HERRERA, 1988 (1910), p.97 y ss)

“*Tales lirismos sólo sirven para disimular, con cortinados de opulenta teoría, la ficción de nuestro ilusorio civismo. Mientras se aclaman las mayores temeridades igualitarias y se reniega de preciosas y saludables diferencias de clase*” (DE HERRERA, 1988 (1910), p.117)

Como podemos ver, los conservadurismos argentinos y uruguayos muestran muchos puntos en común. Sin embargo, no puede desconocerse que el sistema político uruguayo

había aceptado más tempranamente la “irremediable presencia del pueblo en la política”, por lo cual la apelación a las mayorías, enmarcada en una crítica a los doctores de la política, se expresó varias décadas antes que en Argentina y de Herrera fue un claro exponente de esa posición.

Las derechas rioplatenses en tiempos de golpes de Estado y ecos fascistoides:

El golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, marcó para la Argentina la ruptura del orden constitucional que había sido el emblema de orden y modernidad y la negación de un discurso sostenido a lo largo de varias décadas (HALPERÍN DONGHI, 2003, p.5). Y en esa apuesta participaron tanto los referentes políticos de los sectores liberal-conservadores, los neo republicanos, los católicos, la derecha modernista y los militares. De tal modo, el golpe del Estado fue, un movimiento militar, impulsado y sostenido por las élites del poder y escoltado por contingentes sociales significativos. Unificados por el rechazo al orden democrático vigente, representaban dos vías diferenciadas, incluso opuestas. Por un lado, la llamada la línea Uriburu, minoritaria, que podía ser tipificada por su propensión corporativa y por su rechazo a los profesionales de la política⁵. Por otro lado, la línea Justo-Sarobe, que comprendía a la mayoría de la oficialidad interviniente y expresaba vinculaciones ciertas con el conservadurismo, los antipersonalistas, el socialismo independiente y buena parte de la élite económica del país. Este último grupo, como heredero y representante del régimen pre democrático y de las élites económicas propugnaba devolver el gobierno a sus tradicionales y “legítimos” poseedores convocando, cuando fuera viable, a elecciones que mantuvieran, al menos formalmente, la vigencia constitucional y la reforma electoral. Si bien quien se benefició con la presidencia fue el jefe de la tendencia corporativa, el grupo Justo-Sarobe resultó triunfante, pues el equipo estuvo integrado por hombres del conservadurismo, representantes de la vieja élite de poder. Los sectores más radicalizados de la derecha que esperaban mayores transformaciones tras el golpe de Estado señalaron, muy prontamente, su disconformidad con la “*restauración del régimen*” (GÁLVEZ, 1939, p.449). No obstante, el golpe de Estado de 1930, más allá de sus proyectos en conflicto, de sus imprecisiones y ambigüedades, significó la clausura de la democracia liberal y la heterogénea coalición que lo

⁵ Según Lisandro de la Torre, el propio Uriburu le había expresado sus intenciones de reformar la constitución, reemplazar el Congreso por una entidad gremial y derogar la ley electoral de 1912. (DE LA TORRE, t. I: 1952, pp. 223 y 227).

había llevado adelante, ya sea por la propulsión de proyectos corporativos, ya sea por consagración del fraude, expresaba un rechazo consumado a la democracia. Indudablemente, la conjunción de la crisis en el modo de desarrollo y en las formas de dominación política cargó a 1930 de una singularidad especial, de un sentido de clausura (MACOR, 1999, p.12).

Y fue en este momento donde se produjo una división más tajante entre los sectores liberal-conservadores, la derecha moderada, y los representantes de las derechas más radicales (incluso algunos provenientes de ese liberal-conservadurismo), que comenzaron a definir sus proyectos con mayor precisión, a mirar con mayor detenimiento a la historia⁶, el contexto internacional, fueron redefiniendo objetivos y alianzas y comenzaron a elaborar una valoración altamente negativa de la dirigencia política tradicional, los llamados “regiminosos”, y comenzaron a aceptar la necesidad de incorporar, disciplinadamente, al pueblo en la arena política, aunque esa voluntad nunca fue lo suficientemente fuerte como para desplazar su elitismo histórico. La organización del Estado ocupó un lugar destacado en las propuestas y en ella aparecieron propuestas procorporativas que buscaban reestructurar el sistema político. No obstante, las propuestas corporativistas elaboradas por la derecha argentina más radicalizada presentaban fuertes disidencias y tensiones que evidenciaban la heterogeneidad y la conflictividad subyacente en el escenario antidemocrático autoritario. El proyecto corporativista con más peso político fue el que elaboró Ibarguren en su cargo de Interventor en la provincia de Córdoba, designado por el gobierno de Uriburu. Allí, sostenía que la “revolución” de septiembre constituía un hito en la historia argentina, pero se trataba sólo del inicio de un proceso fundamental llamado a producir una profunda reorganización nacional que se había iniciado con el derrocamiento del gobierno radical personalista que “*envilecía y arruinaba al país*” (IBARGUREN, 1975 (1930) p. 299). A partir de entonces y por el accionar de hombres incorruptos y superiores debía promoverse la transformación de las prácticas políticas, de los valores, y del propio concepto de ciudadanía, afianzando el federalismo, al que argumentaba en términos de técnica de organización constitucional, política y fiscal más que cómo ideología. Unos años más tarde, en *La inquietud de esta hora*, aseguraba que la crisis de occidente era la devastación total del sistema político y sostenía que la solución estaba en la superación definitiva de la democracia individualista del sufragio universal, En términos económicos, se limitaba a señalar que también debía reformarse el capitalismo a través de una mayor presencia estatal y no dudaba en señalar que el fascismo,

⁶ El revisionismo histórico argentino nace más tardíamente que el uruguayo y alcanza su verdadera dimensión a mediados de la década del 30. Para un análisis comparativo de ambas experiencias puede verse: ECHEVERRÍA y REALI, en prensa

una expresión del corporativismo y el nacionalismo debía, indefectiblemente, enfrentar y vencer al marxismo o comunismo. Como puede advertirse, ya no había espacio para posiciones intermedias o ambiguas, las fuerzas del orden debían imponerse a las fuerzas disolventes. (IBARGUREN, 1934). Para algunos estudiosos, el nacionalismo argentino fue un movimiento dotado con una ideología fascista propia (FINCHELSTEIN, 2010, BUCHRUCKER, 1987). Sin embargo, otros historiadores prefieren poner separar ambas experiencias (NAVARRO GERASSI, 1969; DEVOTO, 2002).

El catolicismo, siguió un camino similar y si bien señalaban que la injerencia totalitaria en la vida de los hombres era intolerable ya que ese era un espacio sólo reservado a Dios, no dudaban en reivindicar el orden y la disciplina que había impuesto Mussolini, “una mano fuerte y salvadora” que tenía brío, creatividad y “hasta cierta elegancia insolente” (FRANCESCHI, Criterio 261, 1933, p. 208 y, Criterio 272, 1933, p.149)

De tal modo, los años que siguieron al fracaso del uriburismo fueron años de radicalización y de elaboración de propuestas y tomó forma el movimiento revisionista histórico que se institucionalizaría en 1939 con la creación del Instituto Juan Manuel de Rosas. Iburguren y los hermanos Irazusta fueron animadores principales de esta corriente historiográfica y política a la que se fueron sumando otros. Con la publicación, en 1934, de *La Argentina y el Imperialismo Británico*, los hermanos Irazusta lograron consolidar su prestigio intelectual y ampliar su auditorio al capitalizar el descontento provocado por la firma del tratado Roca-Runciman. En términos políticos, estructuraron su discurso en torno a la descalificación de la “oligarquía” antinacional y la necesidad de consolidar un proyecto político nacionalista. (IRAZUSTA, J y R, 1934). (ECHEVERRÍA, 2005)

La radicalización se mantuvo a lo largo de la década del treinta y hasta mediados de los años cuarenta y se manifestó en la multiplicación de publicaciones como *Sol y Luna*, *El Pampero*, *Crisol*, *Bandera Argentina* y en la creación del Partido Fascista Argentino por parte de Humberto Bianchetti en 1932 (PRISLEI, 2008; RUBINZAL, 2012) y el Partido Nacionalsocialista Alemán de la Argentina, que contaba un número de afiliados creció de 300 a 2100 entre 1933 y 1936, siendo la mayoría alemanes radicados en Argentina (NEWTON, 1995, p.65-66) y otras organizaciones⁷ que amedrentaban en huelgas y cualquier afrenta al orden. Aunque estos grupos llegaron a realizar movilizaciones muy significativas como en el entierro del general Uriburu en 1932 o el encuentro pro nazi realizado el 10 de abril de 1938 en el Luna Park de Buenos Aires y

⁷ Liga Republicana, Legión Cívica Argentina y Legión de Mayo, Asociación Nacionalista Argentina/Afirmación de una Nueva Argentina, Amigos de Crisol y la Comisión Popular Argentina contra el Comunismo (C-PACC) y Guardia Argentina.

que contó con un público numeroso (*LA PRENSA*, 12 de abril de 1938), o la existencia de 203 escuelas alemanas que se mantenían por aportes privados y transmitían la cultura nazi, resulta evidente que se trataba de grupos marginales a los espacios de poder. Mayor impacto tuvieron las ideologías del franquismo, no sólo por la gran cantidad de inmigrantes españoles, sino también por las cercanías culturales y la presencia del catolicismo en ambas sociedades (OGAS JOFRE, 2001 y BERTONHA, 2012). Las publicaciones señaladas y algunos intelectuales hacían gala de un discurso radical, fuertemente antisemita. Pero, hablar de “*los hijos del diablo que emponzoñan la nación*” (*CRISOL*, 23 de noviembre de 1936), nunca fue un discurso muy convocante en la Argentina (LVOVICH, 2003). Probablemente, tuvieron mayor eco sus apelaciones anticomunistas y antidemocráticas que, en general, se asentaban en una crítica a los ideales de la Revolución francesa y en un llamado a recuperar la fe, y la disciplina como se repetía en *El Pampero*. Más llamativos (aunque no más influyentes) fueron los discursos de políticos insertos en un régimen que sostenía la fachada electoral y el discurso liberal, como Matías Sánchez Sorondo, que realizaba obvias críticas al comunismo aunque acompañadas de defensas al fascismo, como cuando señalaba que el comunismo era el verdadero peligro para la existencia de las nacionalidades, su aspiración, decía es destruir las naciones, en tanto que el fascismo era respetuoso de la organización social, buscaba vigorizar la imagen internacional del país y la felicidad de la población. Es más, señalaba que los fascismos se asentaban “*sobre las bases mismas de nuestra civilización*”. (SÁNCHEZ SORONDO, *DSHCS*, Año 1936, p.28). Al recorrer esas publicaciones y los discursos de los exponentes más radicalizados de las derechas lo que se puede advertir es que era una apelación a los propios, casi como una contraseña identitaria, una coraza unificadora, a la vez que provocadora y disruptiva, y no un recurso para convocar a grupos más amplios. No implicaron, asimismo, ninguna elaboración teórica profunda.

En Uruguay, según sostiene Alpini, la derecha fue elaborando un proyecto teórico-político, de inspiración fascista y corporativa que debía suplantar el sistema democrático liberal. (ALPINI, 2015, p.7-8). Lo cierto es que con el golpe de Estado de 1933⁸, el conservadurismo cuestionó la legitimidad del orden democrático y reformista que el batllismo había logrado instalar (CAETANO y JACOB, 1991, p.140-141) y, junto a los otros sectores políticos y sociales promotores del golpe, intentaron ofrecer un nuevo imaginario colectivo fundado en un conservadurismo que exacerbaba la antinomia campo-ciudad, el descontento con la política impositiva reformista, el anticomunismo y la descalificación de todo proyecto

⁸ Realizado por el propio presidente en ejercicio con el acompañamiento de la “oposición” herrerista y antibatllista y los grupos económicamente poderosos, particularmente, los ganaderos y la Federación Rural significó la clausura del régimen deliberativo.

izquierdista, el rechazo a la industrialización, la exaltación del espíritu y de la iniciativa privada y la defensa del papel del capital extranjero en la economía nacional” (CAETANO, 1992, 204). La reacción xenófoba y racista de tinte antisemita no estuvo ausente, por ejemplo en *Libertad*, como tampoco lo estaba en los alegatos del conservadurismo tradicional y de la Iglesia católica uruguaya, pero fue un antisemitismo secular que estaba vinculado con determinado concepto que defendían de nación y que se asociaba al interior del país y rechazaba la cultura urbana, la diversidad y la inmigración no tradicional. Así, el judío, inmigrante fundamentalmente urbano, se constituyó en el enemigo de la nación (ALDRIGHI, 2000) que concentraba en sí los rasgos de la impugnada modernización social y cultural, de la secularización y el individualismo. Al igual que en Argentina, tras el golpe, algunos grupos manifestaron un proceso de radicalización y aparecieron una serie de publicaciones que ofrecían un repertorio acorde a los postulados que mencionábamos y donde Montevideo, la “moderna Babilonia con la cual jamás soñó Artigas” no era Uruguay y era el enemigo a vencer (FRAGUA, octubre de 1939, n° 19, año II.)⁹ Por ello, y con una elaboración programática más desarrollada que en Argentina, derivaban políticas disciplinadoras, incluso militaristas, que debían combatir el urbanismo y el burocratismo en la juventud (al tiempo que formar trabajadores acordes al modelo económico que sostenían), a través de la implementación de un:

“Servicio Rural Obligatorio para los jóvenes de 14 a 16 años, tal como ha sido aplicado con todo éxito en Alemania. Antes que los adolescentes se echen por el camino del vicio y la desidia, el Estado debe imponerse a las familias e internarlos durante treinta meses a fin de cumplir su Servicio Rural Obligatorio.(...) trabajando y produciendo, aprenderán cursos prácticos de estancia, leche ría, quesería y granja. Durante el internado, además, los jóvenes harán una hora de tiro de fusil y maniobras militares.” (RAVERA GIURIA Decálogo, Montevideo, s/e., 1937., pp.105-106)¹⁰.

Como puede advertirse, la indisciplina y la disolución de las jerarquías era una preocupación compartida con sus pares argentinos y se expresaba con la misma preocupada gravedad:

Como consecuencia de esta acción disolvente, nihilista, a una sociedad orgánica y ordenada, sucedió una sociedad anárquica, pulverizada en individuos átomos (...) Libre de los lazos sociales, de la suave disciplina comunitaria, este ciudadano, soberano, solitario y anémico (Audacia, agosto 1939, n° 31, año IV.)¹¹

⁹ Citado en Alpini, 2015

¹⁰ Citado en Alpini, 2015

¹¹ Citado en Alpini, 2015

Obviamente, el reclamo de respeto a las jerarquías era esencialmente político e implicaba el repudio a las mayorías y la reivindicación del mando para los “mejores”, ya que “*la masa irresponsable*” debía aceptar que no tenía “*ningún derecho a gobernar*” ya que la función de mandar, no era propia de las muchedumbres” *sino de una "élite" formada por los más capaces*". (AUDACIA", Año I, N° 7, Segunda quincena de Agosto de 1936)¹². Para los sectores más radicalizados, existían cuatro enemigos: “*Comunismo / Liberalismo / Masonería / Judaísmo*” y cuatro deberes, “*Conocerlos / Desenmascararlos / Atacarlos / Destruirlos*” (AUDACIA, Año II, N° 21, Segunda quincena de Mayo de 1937)¹³. Estos grupos nacionalistas radicalizados compartieron escenario con organizaciones y publicaciones nazis que difundían su ideología, principalmente entre los alemanes residentes en Uruguay (CAMOU, 1986). La vocación de trascender a la comunidad inmigratoria era débil ya que las publicaciones no se hacían en español. No obstante, hubo contactos más concretos entre ambos gobiernos, impulsados por intereses económicos, pero con escasa influencia política (CAMOU, 1989). Mayor influencia parece haber tenido el proceso político español. En un trabajo reciente, Zubillaga, entiende que el franquismo y en especial el falangismo impactaron de manera más fuerte, a través de publicaciones y visitas y no sólo entre los emigrados españoles, sino en la propia sociedad uruguaya (tal el caso del dirigente nacionalista y referente intelectual, Luis Alberto de Herrera), en especial en aquellos sectores que buscaban transformar el sistema político. Al mismo tiempo, la conflictividad y los enfrentamientos de las distintas fracciones franquistas se trasladaron al Río de la Plata (ZUBILLAGA, 2015). También en el caso uruguayo, como hemos visto para el caso argentino, la radicalización posterior al golpe de Estado establece algunas distancias entre las élites liberal-conservadoras que no tenían mayor interés en soluciones corporativas y los grupos radicalizados que los impulsaban. La reforma constitucional de 1934 es un proceso en el que se pueden encontrar los posicionamientos, los debates y los pesos políticos de los diferentes sectores y también, la evidencia de un mayor desarrollo teórico del corporativismo uruguayo.

A modo de conclusión:

A ambas márgenes del Río de la Plata los procesos modernizadores y la incorporación al sistema capitalista internacional provocaron notables cambios. Uno de ellos, a modo de respuesta, fue la emergencia de una tendencia política e ideológica que, con matices y grados,

¹² Citado en Miraldi, 1986

¹³ Citado en Miraldi, 1986

cuestionaban la democracia, las manifestaciones obreras, los idearios de izquierda, la movilidad social y la destrucción de las jerarquías que entendían naturales. Conservadurismo, tradicionalismo y apelación nacionalista fueron algunos de los rasgos iniciales de unas derechas que tampoco relegaban el anticomunismo, el antisemitismo y las acciones represivas. Si bien, como hemos visto, hay autores que entienden que estas derechas se encaminaron tempranamente hacia soluciones fascistas, desde nuestro punto de vista, el componente elitista de ambas derechas siempre se mantuvo vigente y, por ende, el desprecio hacia lo popular, en sus diferentes grados, era un eje estructurador de sus proyectos y de la articulación de los grupos. Asimismo, no puede desconocerse la fuerza, vitalidad y extensión del ideario liberal conservador en ambos países. No obstante, el clima de época, los supuestos logros de los regímenes nazi-fascistas y el franquismo, la propaganda que hacían los emigrados europeos, y la politización de los sectores populares alimentaron una esperanza de protagonismo político que, en términos discursivos, se acercaba a los totalitarismos europeos pero que no se plasmaron en proyectos claros. De hecho, los propósitos corporativistas no lograron nunca salir de su ambigüedad constitutiva. No puede desconocerse que en el período nazifascista hubo una multiplicación de grupos y publicaciones que se manifestaban a favor de Mussolini, Hitler y Franco, sin embargo esa radicalización no se vio reflejada en su fuerza política, ni en la elaboración de idearios acabados que pudieran impulsar prácticas acordes. En este período se intensifican los encuentros, las referencias y la reproducción de pensamientos similares originados en cada país. No obstante, fue un intercambio desigual, ya que en la Argentina los hombres de derecha miraron poco a los países vecinos, a sus intelectuales y sus proyectos. Lo cierto es que a medida que se producía la radicalización de algunos grupos, mayor fuerza y legitimidad ganaban las derechas liberal-conservadoras (en apariencia más moderadas, pero claramente antidemocráticas y con capacidad de poder). En ese contexto, los grupúsculos de las derechas radicales se convertían en un grito testimonial con escasa importancia en la arena política, solo agigantados por las referencias y acusaciones de sus opositores.

Bibliografía

ACHUGAR, H y CAETANO G. (comp.). *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*. Montevideo, Trilce, 1992

ALDRIGHI, Clara. “La ideología antisemita en Uruguay: su contexto católico y conservador (1870-1940)”, en AAVV, *Antisemitismo en Uruguay*. Montevideo, Trilce, 2000.

ALPINI, Alfredo. *La derecha política en Uruguay en la era del fascismo 1930 -1940*. Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 2015

BARRÁN, José P. *Lucha política y enfrentamiento social, 1913-1916*. Montevideo, Ed. De la banda Oriental, 1986

- BERTONHA, Joao Fabio. “Los latinoamericanos de Franco. La “Legión de la Falange Argentina” y otros voluntarios hispanos en el bando sublevado durante la Guerra Civil Española”, en *Alcores* revista de historia contemporánea. España, 2012
- BOTANA, Natalio. *El Orden Conservador.*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.
- BUCHRUCKER, Cristián. *Nacionalismo y peronismo.* Buenos Aires, Sudamericana, 1987
- CAETANO, Gerardo. *El Uruguay Laico.* Taurus, Uruguay, 2013
- CAETANO, Gerardo. “Ciudadanía y nación en el Uruguay del Centenario (1910-1930). La forja de una cultura estatista”, en *Iberoamericana X*, 39. Frankfurt, 2010
- CAETANO, Gerardo. “Del primer batllismo al terrismo. Crisis simbólica y reconstrucción del imaginario colectivo”. En: *Cuadernos del CLAEH*, 1. Montevideo, 1989
- CAETANO, Gerardo. *La República batllista.* Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2015
- CAETANO, Gerardo. *La República Conservadora, 1916-1929*, 2 t. Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 1992,/93
- CAETANO, Gerardo y JACOB, Raúl. *El nacimiento del terrismo*, tomo III. E.B.O., Montevideo, 1991
- CAMOU María Magdalena. “El nacional socialismo en el Uruguay, 1933 1938”. *Cuadernos del CLAEH*, 38, v.: 38 11 2. Montevideo, 1986
- CAMOU María Magdalena. “Los años del ‘vuelco’. Las relaciones políticas, económicas y comerciales entre Alemania y Uruguay y los sectores de influencia nacional socialista en el Uruguay, 1938 1942”. *Cuadernos del CLAEH*, v.: 52 14 2. Montevideo 1989
- CATERINA, Luis María. *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del '20.* Buenos Aires, Editorial Corregidor, 1995
- DEVOTO, Fernando. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina Moderna*, Bs As, Siglo XXI, 2002
- ECHEVERRÍA, Olga. *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX.* Rosario, Prohistoria Ediciones, 2009
- ECHEVERRÍA, Olga. “De la apelación antidemocrática al colonialismo como argumento impugnador de la “oligarquía”: los hermanos Irazusta en la génesis del Revisionismo histórico argentino”, *Revista Prohistoria* 8, 2005
- ECHEVERRÍA, Olga y REALI, Laura. “Revisionismos rioplatenses, encuentros y disidencias políticas, ideológicas e historiográficas” en BERTONHA, Joao Fabio y BOHOSLAVSKY, Ernesto. *Derechas en diálogo. Contactos, solidaridades y conflictos entre las extrema-derechas de Brasil, Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay - 1917-1973.* Los Polvorines, UNGS, en prensa
- FINCHELSTEIN, Federico. *Fascismo trasatlántico*, Buenos Aires, FCE, 2010
- Halperín Donghi, Tulio. “La moraleja de la revolución de 1930. Reflexiones de Tulio Halperín Donghi” *El Aerópago*, Buenos Aires, 1, 2003
- HERRERO, Alejandro. “La “república posible” y sus problemas en Argentina. Normalistas e industriales debaten el plan educativo alberdiano de las dos gestiones presidenciales de Julio Argentino Roca (1880–1886 y 1898–1901)”, en *Secuencia* 80. México, 2011
- KOZEL, Andrés. *La Argentina como desilusión. Contribución a la historia de la idea del fracaso argentino (1890-1955)*, México, Nostromo Ediciones, Estudios Latinoamericanos-Posgrado- UNAM, 2008
- LIONETTI, Lucía. “La función republicana de la escuela pública La formación del ciudadano en Argentina a fines del siglo XIX”, en *RMIE*, OCT-DIC 2005, VOL. 10, NÚM. 27. México, 2005
- LVOVICH, Daniel. *Nacionalismo y antisemitismo en Argentina.* Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2003

- MACOR, Darío. “Estado, Democracia y ciudadanía” en MACOR, D editor: *Estado, democracia, ciudadanía*. UNLP, UNL, UNQUI-REUN, Página/12, 1999
- MCGEE DEUTSCH, Sandra. *Contrarrevolución en la Argentina, 1900 -1932. La Liga Patriótica Argentina*, Bernal, UNQUI, 2003.
- MIRALDI, Armando. *Pensamiento y espacio de la derecha. Un avance sobre el caso uruguayo, 1915-1940* Tesis de Maestría. Montevideo, Facultad de Ciencias Sociales, UDELAR. mimeo, 1986
- NAVARRO GERASSI, Marisa. *Los Nacionalistas*, Bs As. Jorge Álvarez, 1969
- NAHUM, Benjamín. *La época batllista, 1905-1929*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2011
- NEWTON, Ronald C. *El cuarto lado del triángulo. La amenaza nazi en la Argentina, 1931-1947*. Buenos Aires, Sudamericana, 1995
- OGAS JOFRE, Julio. “Síntesis de una lectura de España y el franquismo desde Argentina”, en HENARES CUÉLLAR, [Ignacio Luis](#) y otros *Dos décadas de cultura artística en el franquismo (1936-1956)*, Vol. 2, 2001
- OSPITAL, María Silvia. *Inmigración y nacionalismo. La Liga Patriótica y la Asociación del Trabajo (1910 -1930)*, Buenos Aires, CEAL, 1994.
- PERSELLO, Ana V. *Historia del Radicalismo*, Buenos Aires, EDHASA, 2007
- PRISLEI, Leticia. *Los orígenes del fascismo argentino*, Buenos Aires, Edhasa, 2008
- RAMA, Germán, *La democracia en Uruguay. Una perspectiva de interpretación*. Montevideo, ARCA, 1989.
- REAL DE AZÚA, Carlos. *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?*, Montevideo, CIESU, 1984
- REALI, Laura. “Usos políticos del pasado. Dos discursos históricos para un proyecto político en Uruguay, en la primera mitad del siglo XX”, en GUTIÉRREZ ESCUDERO, Antonio; LAVIANA CUETOS, María Luisa, *Estudios sobre América: siglos XVI-XX*. La Asociación Española de Americanistas en su vigésimo aniversario. Sevilla, Asociación Española de Americanistas, 2005
- RUBINZAL, Mariela. *El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina [1930-1943]: Discursos, Representaciones y prácticas de las derechas sobre el mundo del trabajo* (mimeo). Tesis de Doctorado. Universidad Nacional de La Plata, 2012.
- ZUBILLAGA, Carlos *Una historia silenciada. Presencia y acción del Falangismo en Uruguay (1936-1955)*. Montevideo, Cruz del Sur, 2015.

Fuentes citadas

Prensa

LA NACIÓN

LA PRENSA

LA NUEVA REPÚBLICA

CRITERIO

EL BIEN PÚBLICO,

CRISOL

EL PAMPERO

FRAGUA

AUDACIA

DIARIO DE SESIONES DE LA HONORABLE CÁMARA DE SENADORES DE LA NACIÓN (DSHCS)

DE HERRERA, Luis Alberto. *La Revolución Francesa y Sudamérica*. Montevideo, Cámara de Representantes, 1988, Edición original de 1910

DE LA TORRE, Lisandro. *Controversias políticas*. Buenos Aires, Hemisferio, 1952

FEDERACIÓN RURAL. *La Federación Rural. Su origen y Desarrollo. Organización actual*. Montevideo, Talleres Gráficos, 1916

GÁLVEZ, Manuel. *Vida de Hipólito Yrigoyen (El hombre del misterio)*. Buenos Aires, s/e, 1939. El texto fue escrito contemporáneamente al golpe de Estado de 1930

IBARGUREN, Carlos. “Discurso pronunciado en la Colación de grados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires”, 1912

IBARGUREN, Carlos. “El significado y las proyecciones de la Revolución del 6 de septiembre”, pronunciado el 15 de octubre de 1930 en la ciudad de Córdoba. En IBARGUREN, Carlos. **Obras**, Buenos Aires, Dictio, 1975

IBARGUREN, Carlos. *La historia que he vivido*. Buenos Aires, Dictio, 1977 (Memorias escritas a lo largo de la década del cuarenta y primera mitad de los años cincuenta)

LUGONES, Leopoldo b. *La Grande Argentina*. Buenos Aires, Babel, 1930

LUGONES, Leopoldo *Piedras Liminares*, en *Antología de la Prosa*. Buenos Aires, Centurión, 1949

LUGONES, Leopoldo. *La hora de la Espada*, Discurso, Ayacucho-Perú, 1924, en *La Patria Fuerte*. Buenos Aires, Círculo Militar,, 1930

RAVERA GIURIA Rafael. *Decálogo*, Montevideo, s/e., 1937

SAROBÉ, José María. *Memorias sobre la Revolución del 6 de septiembre de 1930*. Buenos Aires, Gure, 1957,

ARTIGO ENVIADO EM: 08/01/2016

ACEITO PARA PUBLICAÇÃO EM: 29/03/2016